

HACIA UNA CRITICA DE LA SUGESTION

Introducción.

Apropiarse cognoscitivamente de la cosa es el sueño del científico y del filósofo. En la constelación de los valores, hay uno, el de la verdad, al que aspira prácticamente todo mundo; pero que es el amor febril, la pasión nunca satisfecha del hombre de ciencia y del filósofo. La **aletheia** (el des-velamiento) es anhelo en llamas de los aspirantes a la sabiduría, quienes saben que **quitar velos** hace que la cosa, desnuda, tal como es, se nos entregue y satisfaga los imperiosos requerimientos de la curiosidad, del deseo exaltado de saber y de la necesidad práctica de esclarecernos, amén de lo que somos, la circunstancia que nos rodea y así **ad infinitum**.

Pero nunca estaremos seguros del conocimiento, si no lanzamos el **vade retro** tradicional, con un nuevo destinatario: el error, el cual, como Satanás, anda siempre creando dificultades, metiéndose en lo que no le importa, inquietando y desesperando a los amantes de lo verdadero. Pero exigir que el error haga mutis, que deje de tentarnos y rodearnos de dificultades, implica someterlo a un juicio crítico, des-velador también, y tan cognoscitivo y verdadero como lo que él está empeñado en impedir o dificultar. De ahí la necesidad de hacer una **teoría del error**.

Amante, como siempre he sido, del saber filosófico y científico, al llegar a la fase actual de mi vida intelectual, y tras de escribir un buen puñado de textos, donde el afán de desgarrar velos es y ha sido esencial en mi producción, caigo en cuenta de que una **teoría de la verdad** no puede hallarse completa y, lo más importante, no puede funcionar adecuadamente sin una **teoría del error** que le haga contrapeso, evite sus delirios y en algún sentido también le proporcione fundamento. La **teoría del error** tendrá seguramente diversas modalidades y distintos campos de acción. Creo que una crítica de la sugestión es una parte importante de aquella teoría. Convencido por esta razón, avanzo, propongo esta **Crítica de la sugestión**.

1. Cuando se habla de sugestión, se quiere significar, las más de las veces, dos cosas distintas: la acción de dominar la voluntad de otro y la aceptación de que es verdadero –por parte del sugestionado- lo que no lo es o pudiera no serlo. En realidad se trata de dos aspectos que más que contradecirse se complementan. En un caso, un hombre sugestiona a otro, le usurpa momentáneamente la voluntad momentánea o largamente la voluntad y lo coloca bajo su influencia. En otro, el sugestionado vive como real lo que no lo es o pudiera no serlo. No existe ninguna dificultad para unir un aspecto al otro: un hombre (el sugestionador) “le roba” la voluntad a otro (el sugestionado) e implanta en su mente la idea o la vivencia de que algo –que pudiera no ser así- es verdadero. La sugestión es, de un lado, la “introyección” de una creencia. Pero también es, de otro, la “aceptación” de un espejismo.

Lo anterior no es sino una diferencia provisional, con un carácter puramente introductorio, para adentrarnos en el tema que me preocupa. Mas no basta indicar aproximadamente, con una definición de paso, el terreno que conviene roturar teóricamente, sino que se precisa explicitar por qué he escogido precisamete la noción de marras –la sugestión- para examinar el fenómeno psíquico y psicosocial que me interesa. Estoy cierto, en efecto, que tal alocución tiene (o puede recibir) la extensión semántica suficiente para abarcar una serie de vivencias, credulidades, convicciones, ideas fijas y reacciones psíquicas y somáticas en general debidas a lo que podemos llamar una **irracionalidad inducida o autoinducida**.

La sugestión tiene características bien definidas que salvaguardan al concepto de una posible confusión con otros y puede darse, además, de manera independiente –como en el caso de la hipnosis o ciertas alucinaciones- o unida a otro fenómeno –como la ideología o la religión- de la que forma parte esencial, siendo el procedimiento último por medio del cual dicha práctica se implanta en otra u otras personas. Comparemos, por ejemplo, la sugestión con la mentira. En la mentira hay un individuo (el mentiroso) que, sabedor de una verdad, la oculta o contradice deliberadamente para engañar a otro (la víctima de la mentira). **En el embuste predomina, por consiguiente, la mala fe¹**. En la sugestión hay un hombre (el sugestionador) que, sosteniendo ciertas creencias –que pueden ser falsas o no-, las transmite e implanta –mediante un proceso de irracionalidad inducida- en otro hombre (el sugestionado). **En esta sugestión no existe, entonces, la mala fe**. La diferencia entre la mentira y la

¹ No me interesan aquí las llamadas mentiras piadosas, que hacen referencia a otro tipo de problemas.

sugestión que acabo de expresar, no niega que pueda darse una síntesis: una sugestión aunada a una mentira. En esta última hay un individuo (el sugestionador) que, sabedor de una verdad, la esconde expresamente para engañar y sugestionar a otro). **En este tipo de sugestión reaparece, pues, la mala fe.** De todo esto, podemos concluir que un número importante de mentiras incluye una sugestión; pero que no toda sugestión es mentirosa. Hay muchas mentiras, en efecto, que se introducen en el individuo y dominan su alma **vía la sugestión.** Aún más, es indudable que existen formas anímicas –como la ideología, la religión, la creencia en la magia, etc., que, además de poseer su estructura definitoria, tienen un **dispositivo de adherencia** que les permite implantarse, como sugestión, en el aparato psíquico.

2. Es preciso tomar en cuenta, desde ahora, que la sugestión tiene grados, y los tiene en un triple sentido: 1) la sugestión en cuanto tal –la **materia** de la creencia implantada- a veces es mayor y a veces es menor: las vivencias pueden ser débiles y reducidas o vívidas y múltiples. 2) Hay personas más sugestionables que otras y 3) existen individuos con una mayor capacidad sugestionadora que los demás.

3. Sin olvidar, entonces, lo apuntado, conviene mostrar cuál es el **modus operandi** general de la sugestión. Esta última consiste en la implantación efímera, larga o permanente de una credulidad. O, para decirlo de otra manera, es la incorporación en el sugestionado, por parte del elemento sugestionador, de una vivencia o complejo de vivencias, a las que admite y valora como reales y verdaderas, independientemente de que lo sean o no. Lo anterior puede ser realizado si y sólo si la mente y el alma en general del sugestionado caen bajo la influencia del elemento sugestionador (que puede ser otro hombre, pero también un libro, una música, un mensaje, etc.).

En un número muy elevado de casos, la sugestión conlleva una operación por medio de la cual una fantasía, un sueño, un deseo ferviente –algo que, en fin de cuentas, no existe en la realidad- se asume como hecho indiscutible o verdad indubitable. La hagiografía, la historia sagrada, la narración de milagros, se mueven en esta dirección. Cuando lo relatado en los escritos piadosos se presenta como un acontecimiento histórico –por ejemplo la lucha intergaláctica de los ángeles o las desavenencias de San Jorge y el Dragón-, y tales relatos son asumidos como episodios verídicos, la credulidad con la que se les acepta no es sino la carga emocional que trae consigo la sugestión.

Pero la sugestión puede producirse asimismo con lo cierto, lo científicamente comprobable o filosóficamente inferido. Cuando un niño o un adulto **creen** en las recomendaciones del médico, y éstas son pertinentes o corresponden a lo real, la asimilación de tales consejos se halla, sin embargo, del lado de la sugestión y no del de una aprehensión empírica o científica de la cosa. Por eso la sugestión, en alguna de sus formas, es un ingrediente fundamental de la vida humana. Lo que mueve a ese niño o a ese adulto a tener como verdaderas las recomendaciones del facultativo, no es otra cosa que la **confianza**, la cual es, como veremos, un elemento constitutivo de toda sugestión.

4. La sugestión posee dos grandes manifestaciones: la **interna** y la **externa**. La exógena tiene el polo inductor **fuera** de la psique del sugestionado. La endógena lo presenta **dentro** de ella. Por eso, usando la palabra sugestión en dos niveles, podemos hablar de la **sugestión propiamente dicha** y de la **autosugestión**. Tanto la primera como la segunda pueden ser **individuales** o **grupales**. La sugestión exógena **individual** puede expresarse mediante la oración: “algo o alguien me sugestiona”. La exógena **grupal** con: “algo o alguien nos sugestiona”. La sugestión endógena (o autosugestión) **individual** puede expresarse por medio de la proposición: “me sugestiono” y la endógena **grupal** con: “nos sugestionamos”. La sugestión externa grupal forma parte, puede intuirse, de la psicología social.

Como puede advertirse, toda sugestión implica un **polo inductor** y un **polo inducido**. En la sugestión propiamente dicha el polo inductor y el polo inducido se hallan disociados en un **afuera** y un **adentro**. En la **autosugestión**, en cambio, ambos polos se localizan en la **interioridad anímica** del individuo. El desdoblamiento de los polos se evidencia, por ejemplo, en la hipnosis. En la autosugestión, en cambio, hay una polarización de la persona, sin perder su unidad. Por ejemplo: en la hipocondría hay un polo sugestionador inconsciente y otro que se deja sugestionar y hasta consiente gozosamente en ello. El polo inductor puede ser, en este caso, el masoquismo –el goce de tenerse lástima-, el deseo de llamar la atención o un sentimiento tanático enardecido, etc.. Y el polo inducido la práctica, típica del **malade imaginaire**, de ubicarse permanentemente en el “lugar” del aprensivo paciente que desconoce lo que es la salud. Pondré un ejemplo más: el miedo. El miedo, en efecto, puede ser del caldo de cultivo de la sugestión interna. El temor predispone a la creencia y a la alucinación. No son los aparecidos los que producen miedo, sino que es el miedo el que produce aparecidos.

4.1. La diferencia entre la sugestión externa y la interna es, en cierto sentido, artificial. En la fórmula “algo o alguien me sugestiona”, que corresponde a la sugestión **exógena**, es indudable la existencia de un elemento **interno**: la predisposición a la credulidad. Y, asimismo, en la frase: “me sugestiono”, que alude a la sugestión **endógena**, es incuestionable la presencia de un elemento **externo**: me sugestiono **con o acerca de**.

Hay personas que tienen una franca tendencia, un deseo irrefrenable, un impulso acrecentado a creer en los milagros, la magia, lo sobrenatural; pero desean que los supuestos “hechos extraordinarios” que los entusiasman, preocupan y atemorizan, tengan alguna suerte de comprobación o garantía de veracidad. Están en contra de lo que llaman las “pretensiones absolutistas de la ciencia”; pero le piden prestado al método científico, aunque limitándola y tergiversándola, alguna de sus estrategias de verificación y corroboración. Pongo un ejemplo. Para mostrar que existe la clarividencia –una de las formas de la llamada percepción extrasensorial (ESP)-algunos individuos -incluyendo a psicólogos profesionales- hablan de que ciertos experimentos, llevados a cabo con seriedad, convencen que la clarividencia es un hecho real. El prof. J.B.Rhine hace notar, por ejemplo, que, en una serie de experimentos sobre el tema –en que se trataba de “adivinar” los números de un puñado de naipes de los que sólo era visible el reverso- dieron con un individuo que (dice textualmente) “allá por mediados de la década de 1930...adivinó sin ningún error veinticinco cartas seguidas”².

4.2. Reflexionemos sobre lo anterior. Si una persona “adivina” tres o cuatro cartas, o hasta cinco o seis, se piensa que ha acertados fortuitamente; pero si, en el supuesto caso de que no haya trucos, los hace muchas veces, entonces se tiene la pretensión de que tal cosa depende, no de lo fortuito, sino de las facultades paranormales de un individuo extraordinario. El resultado de este experimento se presenta como la demostración o la prueba “irrefutable” de que existe la adivinación o la percepción extrasensorial.

4.3. Pero ¿qué es lo fortuito? Lo fortuito (o lo casual) no es, como alguien podría pensar, la fractura de la necesidad. No. La casualidad es una categoría que nos habla del encuentro **inesperado** de dos o más órdenes causales³. La casualidad no es la negación de la causalidad, sino –insisto- la coincidencia imprevista (para un espectador) de dos o más procesos causales. Lo fortuito

² “J.B.Rhine” en Richard i Evans, **Los artífices de la psicología y el psicoanálisis**, FCE, México, 1987, p.150.

³ en que también, desde luego, puede jugar un papel importante la libertad humana.

puede aparecer no sólo una sino varias veces cuando lo necesario –oculto para el observador- se realiza de tal manera. De aquí se puede desprender el hecho de que **no hay casualidad sin hombre**. En la naturaleza no existe lo casual. Lo fortuito no es una categoría ontológico-natural. Las casualidades son introducidas por el hombre en la interpretación de la naturaleza.

La casualidad es, pues, una de las formas de la necesidad. Un ejemplo: dos viejos amantes se han dejado de ver durante diez años y, caminando por diversas callejuelas, se encuentran fortuitamente en una esquina. Ambos pueden decirse: “qué casualidad que nos hallamos encontrados”. Ambos discurrían por esas callejas respondiendo a diversos propósitos. Hasta podría ocurrir que uno de ellos, o los dos, antes de encontrarse casualmente se hallen pensando que sería deseable tropezar con su viejo amor. Cabe, ciertamente, la posibilidad. Y si se acierta, si el anhelo se convierte en realidad, los amantes, o el que se autoformuló el deseo del encuentro, tienden a pensar que en ello “hubo algo más que la mera casualidad”. Quizás muchas veces, durante los diez años de ausencia, pensaron lo mismo, desearon algo semejante, pero como no se dio la coincidencia, sus deseos se perdieron en el olvido...Mas ahora ocurrió –vía una casualidad enterpretada como milagro- el sorprendente encuentro...

Pero haré otro señalamiento sobre la casualidad y su relación con la ley de probabilidades. Cuando una persona atina varias veces –la ruleta, las carttas, la “premonición” de un encuentro, etc.- las personas (sobre todo las dadas a la creencia en lo maravilloso), se resisten a aceptar la posibilidad de la coincidencia y exaltan la “excepción”, silencian lo ordinario y sitúan en un lugar único y especial lo “extraordinario”. La regla conmtiene un número incontable de hechos divergentes al “excepcional”. Pero el proclive a creer en la percepción extrasensorial –porque algunos problemas psicológicos lo conducen a ello- prefiere explicar lo fortuito por lo mágico en lugar de hacerlo por la “vulgar” presencia del conjunto de causas que forman lo coincidente. Si se tomara en cuenta la regla, se advertiría que las “excepciones” se ubican en un bajísimo porcentaje. Un hombre atina varias veces –pueden ser muchas- en los naipes, la ruleta, etc.; pero tanto él como los demás fallan en una multitud, infinita casi, de intentos. La predisposición a elevar al rango de hecho **inusitado** (que demuestra que un hombre posee cualidades o potencialidades no comunes), la supuesta adivinación de algo, se edifica, pues, sobre la base de **silenciar** el indefinido número de casos en que lo aecido no ocurre, el hecho de que lo casual no escapa a la necesidad y el que lo sucedido puede explicarse mejor, con mayor economía de medios, por la intervención

de lo fortuito que por una suspensión de la causalidad y una intervención milagrosa del sujeto. La única manera de convencer a un escéptico (o a un hombre de ciencia) de que, en estos casos, no sería la casualidad (o el truco), sino las capacidades sobrenaturales del individuo las que han dado a luz la “situación excepcional”, sería el caso en que un nigromante, un teurgo, o un jugador “iluminado” adivina lo que se propone adivinar, no unas cuantas veces, sino siempre o, para ser menos rígidos, de manera habitual y permanente.

5. La sugestión –desde el punto de vista del que la padece- presenta tres grandes modalidades: la **psíquica**, la **psico-somática** y la **somato-psíquica**. La **psíquica** se expresa en una credulidad y en un terminante rechazo de lo que la niegue o la contradiga. Si el **polo inductor** puede ser de diversa índole, el **polo inducido** es, en este caso, siempre psíquico. Una persona sugestionada implica una mente que cae bajo el influjo de una creencia o, más radicalmente, bajo la dictadura de una convicción y que hinc sus raíces en un **inconsciente** que no sólo admite sino que probablemente facilita y hasta exige la presunción asumida. En los casos de la fe, la superstición, la ideología (como falsa conciencia) **todo ocurre a nivel anímico**: la conciencia es la que, enraizada en sus requerimientos inconscientes, deviene fideísta, supersticiosa, ideológica. La **psico-somática** y la **somato-psíquica** –a las que se les da hoy el nombre técnico de procesos de biorrealimentación- implican una suerte de **conversión**, en el sentido que daba Freud a esta palabra, o sea, que son procesos en que la energía –yo preferiría usar aquí el concepto de **impulsividad**- se transforma de psíquica en somática (generando un síntoma) o de somática en psíquica (produciendo una alteración del juicio). La **psico-somática** conlleva una “conversión” –de lo psíquico a lo somático- y un asentamiento, por consiguiente, en el cuerpo. Si, padeciendo una grave enfermedad, se nos convence, se nos sugestiona –y, por consiguiente, nos autosugestionamos- de que un novísimo medicamento nos va a curar total o parcialmente, es muy posible –¡la fuerza de la sugestión es poderosísima!- que el cuerpo encuentre, dentro de ciertos límites, la manera de combatir o crear anticuerpos contra el morbo que la acecha. La función terapéutica de la sugestión resulta incuestionable; pero como la sugestión frecuentemente tiene fronteras infranqueables –fijadas por el carácter **material** de una dolencia severa o incurable- hay que cuidarse de exagerar su papel y caer en alguna de las mil y una supercherías que nos rodean y se hallan a la espera de “mostrar sus virtudes” La sugestión somato-psíquica implica una **conversión** inversa: la realidad psíquica ya no se transforma en somática, sino que esta última se muda en aquélla. Un ejemplo evidente de ello es el **vudú**. Las contorsiones

físicas características de este baile febril –acompañadas de un ritmo hipnotizante y gestadas en un contexto religioso- producen, como se sabe, estados psíquicos donde predominan la alucinación y el delirio.

6. Después de dar una definición provisional del concepto que examino y de aludir a sus principales manifestaciones y modalidades, es urgente e imperioso tratar de explicarnos **por qué existe la sugestión o a qué causas primordiales responde.**

El origen de la sugestión es psíquico y también social. Las causas que se encargan de engendrarla operan, las más de las veces, en una abigarrada mezcla de lo subjetivo y lo objetivo. Empezaré analizando algunas posibles causas psicológicas, o preferentemente psicológicas, del fenómeno en cuestión. Si nos hacemos la pregunta: ¿cuál es el estado de ánimo que se presenta en el individuo a sugestionar la mayor parte de las veces?, tenemos que responder: la **predisposición**. Se trata de un individuo **abierto** a recibir alguna de las muchas formas que puede asumir la sugestión. Es una persona en la que aparece una disminución de la capacidad de resistencia (Freud). En una palabra, es un ente donde existe la **confianza**, y ésta es el secreto del consentimiento y la apertura. Pero ¿de dónde surge esa confianza que se expresa en predisposición? Esta confianza se genera, me parece, en la **transferencia** y **el infantilismo de la dependencia**. La confianza-predisposición es, frecuentemente, el resultado transferencial de un estado de ánimo y una conducta infantiles “revividos” por un adulto. La transferencia es, conviene recordarlo, la reedición –en lo esencial inconsciente- de una situación afectiva tenida en general con los progenitores en el pasado. Cuando un individuo, por ejemplo, acepta (y hasta pide) que se le hipnotice, muestra, con ello, que le tiene confianza al hipnotizador y que está predispuesto a someterse a su **técnica sugestiva** (Freud). La transferencia hace que él se sitúe ante el especialista como, allá en su infancia, se ubicaba frente a sus padres. Si estos últimos le daban confianza, y él se entregaba sin chistar a su voluntad, ahora, repitiendo o reviviendo aquella situación, se imagina –todo ello dado esencialmente en lo inconsciente- que el hipnotizador juega un papel parental y el hipnotizado un papel infantil. Para explicar de manera más nítida lo anterior, querría recordar ahora una diferenciación conceptual que he propuesto en otro sitio. Podemos distinguir dos clases de enfermedad: las **extravertidas** y las **introvertidas**. Las primeras son aquellas que aunque aparezcan en mi cuerpo, son responsabilidad de otro. Tal el caso de un niño o una niña: la enfermedad es padecida por ellos, pero son sus padres quienes los

atenderán, los llevarán al médico, le darán sus medicinas. Desde muy pequeño el niño advierte esta **extraversión** de su sufrimiento, y cuando sufre una indisposición, espera, confía, exige que sus padres –especialmente su madre– vengan en su ayuda. El niño tiene tal confianza en la madre que la sola presencia de ésta lo hace sentir mejor. Sin saberlo, las madres sugestionan e hipnotizan a sus hijos. Cuando ellos se golpean, los “curan” con saliva; cuando padecen algún cólico los adormecen con canciones de cuna, etc. El caso de una dolencia **introvertida**, en que el enfermo se responsabiliza de su mal –como en el caso de un neurótico consciente– no tiene que ver con lo que estoy tratando, y lo dejo de lado por ahora. El **infantilismo de la dependencia** es, en cambio, una actitud de la mayor parte de las personas adultas y consiste en poner en las manos del otro –porque nos produce confianza– nuestra enfermedad física o nuestros problemas psíquicos. ¿Por qué hay enfermedades a las que “no las cura el medicamento, sino el médico”? (Freud). Porque caemos en esa suerte de infantilismo que extraverte su padecimiento y confía en que el otro –en este caso el médico– sabrá resolver el problema. El alivio reside, entonces, no sólo en el hecho de que el anhelado arribo del médico ha tenido lugar (y el convencimiento de que, con ello, se empezará a combatir efectivamente el mal que padezco), sino en que me siento aliviado también de ser el responsable de mi propia dolencia.

Cuando, padeciendo algún problema nervioso o depresivo, se nos convence (o nos convencemos) de la necesidad de pedir la ayuda de un psicólogo que utiliza la hipnosis como método curativo, es muy posible que lleguemos a su consultorio con la predisposición, basada en la confianza –implícita en el **infantilismo de la dependencia**– a que se nos hipnotice. Y aunque el resultado de tal terapia –como sucede de común– no sea duradero, sí será un ejemplo elocuente del funcionamiento de la sugestión. En cierto sentido, podemos afirmar que se nos sugestiona porque continuamos siendo niños, porque no desconfiamos del otro (del sugestionador), porque estamos “abiertos” a que una voluntad más poderosa –supuestamente para bien– guíe nuestros pasos.

El líder, el cura, el chamán, el especialista “en medicina alternativa”, etc., pueden ser los inductores de la sugestión. La primera medida tomada por ellos –y sobre todo el hipnotizador– tal vez consista en adormecernos, tranquilizarnos, neutralizar en nosotros la actitud defensiva que priva en la cotidianidad, para poder introducir en nuestra psique alguna clase de credulidad. También los libros, el teatro o el cine, pueden convertirnos en objetos de sugestión y, en muchos casos, manipularnos y volvernos juguetes

de una intención que se oculta entre bambalinas. Hay asimismo psicoanalistas y terapeutas intrusivos y heterogestionarios que se valen de las transferencias positivas que brotan naturalmente en las sesiones clínicas, las manipulan desde sus incontroladas contratransferencias e introyectan una determinada sugestión en el individuo.

Es de subrayar que la sugestión se realiza, no de manera artificiosa e impositiva, sino **porque corresponde a una necesidad** (una demanda inconsciente) del aparato psíquico de quien admite –y a veces exige- su presencia.

Otra posible explicación de algunos casos de sugestión enraiza también con la transferencia, pero no con la transferencia que reedita la **confianza** –como la que acabo de exponer-, sino con una transferencia que arrastra consigo la **sumisión**. El espíritu crítico, rebelde, alerta, no es fácil presa de los **aparatos de sugestión** que organiza y promueve el sistema. Pero el que, ante la voz de la autoridad, el poder, la tradición, reanima la obediencia que caracterizara la relación infantil con sus padres (o subrogados), se halla predispuesto a asumir alguno de los muchos mensajes de la sugestión. Nada más propicio, individual y colectivamente, para caer víctimas de la sugestión –de los espejismos ideológicos, religiosos, etc.- que repetir conductas transferenciales que, a un tiempo, reimplantan en el individuo la **confianza** y la **obediencia**. La predisposición a la sugestión es, entonces, más aguda que nunca. En páginas anteriores hablaba de que hay personas más sugestionables que otras. Una de las causas de que ocurra ello probablemente estriba en que tenga lugar en él una transferencia de doble filo o más...

Tal vez no sea necesario en todos los casos la reedición de una conducta infantil para hallarse “abiertos” ante los mensajes de la sugestión. La transferencia, positiva o negativa, “resucita”, por así decirlo, una situación afectiva que el adulto tuvo en el pasado. Pero creo que no es raro que, en muchas ocasiones, se combinen un estado de ánimo que baja la guardia (en el **polo inducido**) y un mensaje tan atractivo como engañoso (en el **polo inductor**) y el resultado sea una predisposición no basada en el pretérito infantil sino en el presente del o de la adulta. Claro que el **carácter** –la tendencia permanente a ser confiados y sumisos o rebeldes y celosos- se forma al calor de las experiencias de toda la vida, y en especial de las situaciones infantiles; pero hay quien, en momentos especiales, actúa, por la razón que sea, a contrapelo de su carácter...

No todas las explicaciones del **fenómeno sugestivo** son fundamentalmente psíquicas. Las hay que, sin abandonar este nivel, tienen también otro aspecto: Existe, efectivamente, una importante explicación de la aceptación de la sugestión que presenta carácter **filosófico**. Me refiero a lo que podemos llamar la **necesidad de completud**. La conciencia de la fragilidad humana es, qué duda cabe, terreno fértil para los “absolutos” completadores. De ahí la fe religiosa, la superstición y buena parte –si no es que todo- de lo parapsicológico y paranormal. Cuando un filósofo como San Agustín, en una introspección que se sumerge al hondón de su ánimo, halla que él, su persona, su yo, con contingentes, débiles, precarios, piensa que forzosamente debe existir un fundamento absoluto –o sea Dios- que sirva de sustento a él y a todos los seres contingentes que hay en el mundo. No se necesita ser filósofo, filósofo profesional, para vivir la fragilidad humana y tener apetito de eternidad. El mecanismo oculto de no pocas implantaciones sugestivas se encuentra, entonces, en esta **necesidad de completud**.

Me parece que, en ocasiones, la apertura hacia la sugestión proviene de un sentimiento de inseguridad y hasta de inferioridad, con su espontáneo proceso de compensación o sobrecompensación. Algunas personas inseguras y/o poseedoras de un complejo de inferioridad, hallan la oportunidad, en y por la sugestión, de creer ser lo que no son o lo que inconfesadamente sueñan con desempeñar: algunas de las vulgares heroicidades que nos inventan los **aparatos ideológicos de la sugestión**. Pero el caso más notable se encuentra en los sugestionadores, esto es, los que encarnan el **polo inductor** de la sugestión. No sólo hay individuos que se consideran excepcionales y únicos porque son capaces de oír “las voces de lo extraordinario”, sino también los que, de manera más nítida aún, se sienten, como sugestionadores, dueños de capacidades admirables e impresionantes que pueden determinar el pensamiento y la conducta de los otros. En relación con esto último, creo de interés subrayar que no pocos sugestionadores –practicantes de la ciencia cristiana, la implantación de manos, el reiki y el indefinido número de estrategias “alternativas” de la medicina- **acaban sugestionados por sus actos de sugestión**. Hay, en efecto, líderes de opinión, magos, sacerdotes, nigromantes, periodistas, locutores de TV que, comprobando una y otra vez la influencia que tienen o que pueden llegar a adquirir en su auditorio, atribuyen tal cosa, no al apetito de sugestión o la necesidad de ilusiones y mentiras de su auditorio, sino a unas aptitudes extraordinarias de convencimiento con las que el cielo los ha dotado...

No puede dejarse de lado otra de las causas importantes de la sugestión, en todas sus manifestaciones y modalidades: la presencia en el organismo de drogas alucinógenas. Las sustancias psicotrópicas, etc., desencadenan, como se sabe, estados alterados de conciencia en que las alucinaciones, el delirio, las ideas fijas, los paraísos artificiales y los infiernos reales, sorprenden consumidores. Aquí el **polo inductor** es bioquímico, y el tipo de sugestión producido cae claramente en un caso de lo que he llamado el proceso somato-psíquico de conversión.

Al parecer, en tanto las explicaciones fundadas en la transferencia, etc., se basan en viejas experiencias familiar-infantiles y, por ende, responden a la dimensión cultural y al medio ambiente, la drogadicción depende del funcionamiento químico y eléctrico del cerebro, de las redes neuronales, del mecanismo de los neurotransmisores, etc. Esto no quiere decir que las relaciones intersubjetivas que se establecen en la célula familiar no tengan relación con la fisiología del cerebro o, lo que tanto vale, con la base material, bioquímica, del alma humana; pero el tipo de nexo difiere cualitativamente, pues mientras la sugestión alucinatoria que traen consigo las sustancias alucinógenas está **determinada** por una función “anormal” del cerebro (alterado por la droga), la sugestión familiar, psico-cultural, se halla sólo **condicionada** por las funciones cerebrales. Mas este problema (el de la diferencia entre lo **determinado** y lo **condicionado** por el cerebro) rebasa, con mucho, el tema y la intención de este escrito, y, por eso, voy a dejarlo de lado.

7. Otras de las causas que confluyen con las psíquicas para explicar el fenómeno de la sugestión son las sociales e históricas. De la misma manera que es posible y adecuado afirmar que lo inconsciente se manifiesta en cada individuo antes de la conciencia, nos es dable asentar que la sugestión (la irracionalidad inducida) o la autosugestión anteceden a la racionalización. Y lo mismo podemos decir de la sociedad en su conjunto: desde el punto de vista histórico, la sugestión precede con mucho al saber científico y filosófico. No estoy en posibilidad de llevar a cabo –ni es este el sitio para hacerlo- un estudio fecundo del animismo, el totem y el tabú, el fetichismo, etc. en sus relaciones con la sugestión. Pero no cabe duda de que –en el entendido de que la sugestión y sus variadas formas están más cerca, en general, de la ignorancia que de la ciencia- la humanidad ha tenido, tiene y tendrá que dar una gran lucha para emanciparse del embrujamiento de la sugestión y tratar de aprehender la cosa tal como es en sí misma sin el velamiento distorsionante de sus deseos íntimos y sin el escapismo de su fantasía intoxicada por la alucinación. La dificultad para liberarse de la irracionalidad inherente a toda

sugestión, se ve acrecentada por el uso que el poder ha hecho y sigue haciendo de la sugestión. Por eso he hablado de los **aparatos ideológicos de la sugestión**. En la sociedad de clases en que vivimos, y en el desdoblamiento entre gobernantes y gobernados que la acompaña, la sugestión no sólo es un fenómeno que aparece aquí y allá de manera independiente y espontánea, sino un factor puesto al servicio del Poder, el cual lo difunde sistemáticamente y, dotándolo del contenido que desea, lo canaliza, según el tiempo y el espacio, a los diversos grupos de la sociedad. Por eso estoy cierto de que la modalidad más importante de la sugestión en la sociedad actual –y no sólo en ella- es la **ideología**. El Poder fomenta y configura todas las formas de la sugestión y las ideologiza en fenómenos como manipulación, desinformación, engaño, hasta la deliberada conformación de un **imaginario sugestionado** en diferentes formas y sentidos.

Si esto es así, detengámonos un momento en la **ideología**. La ideología, como la mentira, el sofisma o el error, es una forma de la **falsa conciencia**. La descripción de su modo de operar se ha realizado en muchas ocasiones y por diversos autores, con algunas diferencias de detalle. Se ha dicho, por ejemplo: en la ideología intervienen tres factores: **alusión, elusión e ilusión**. La alusión nos ubica en aquella parte del significante abierta al significado. Se identifica con tema, asunto, cuestión. La **elusión** habla de que, aunque se asume temáticamente el objeto, se silencia o elude su verdadera naturaleza. Se dice algo del objeto; pero se oculta o vela su esencia (porque ello conviene a un grupo o clase social). La **ilusión**, finalmente, hace referencia a la convicción, gestada en las personas receptoras de la ideología, de que ésta y lo que dice, de que ésta y lo que propone, encarna un enunciado veraz y confiable. También podemos decir que la ideología es **deformante/conformante**, porque deforma la verdad, o parte de la verdad, para conformar la sociedad de acuerdo con los intereses de alguna de las clases sociales o de sus estratos, etc. El mecanismo de operación de la ideología ha sido puesto en claro de manera profunda y convincente; pero hay algo en el planteamiento que no ha sido dilucidado plenamente, a mi entender. Aludo al proceso mediante el cual la ideología –generada en las afueras de los diversos sujetos- se **introduce** –intelectual y afectivamente- en sus receptores. Si meditamos en ello, podemos advertir que la ideología es, en el fondo, una sugestión, una producción teórico-estimativa que seduce a sus destinatarios y opera como ilusión. **La ideología es el polo inductor de una credulidad**. ¿Cómo es que puede la ideología embrujar o hipnotizar al público y llevarlo a pensar y actuar, no de conformidad con sus intereses históricos, sino en función de la clase, el estrato o el grupo social de donde, de manera consciente o no, ha

brotado? La respuesta a esta pregunta nos muestra que la ideología –como la fe religiosa, la hipnosis, el placebo, etc.- forma parte de la sugestión. Pero insisto: ¿cómo puede la ideología sugestionar a la ciudadanía? ¿De qué medios se vale para producir tal efecto? Su procedimiento fundamental se basa en propagar **semi-verdades**. Si la ideología presentara una falsedad sin maquillajes o unos intereses particulares como eso: como particulares, no cumpliría con el propósito esencial que la anima: generar una **ilusión** que ayude a **conformar** la sociedad dentro de los límites deseados por una clase social o un grupo, etc. La **cara visible** de la ideología es la apariencia de verdad, la ilusión de responder a los intereses generales, el carácter indudable de algunas de sus aseveraciones. Esta cara visible tiene dos funciones: servir de **señuelo** para los receptores y ocultar la **cara oculta**: los intereses reales que se están promoviendo. La ideología es, pues, **el polo inductor de una irracionalidad inducida**. Ella es aceptada por individuos ideologizables e ideologizados porque se conjuntan la falaz presentación de la ideología y la predisposición –en el sentido ya esclarecido del término- de sus víctimas. Si la ciencia nos ayuda a combatir los planteamientos ideológicos, una **crítica de la sugestión**, nos es indispensable para hacer oídos sordos al canto de sirenas del discursar ideológico.

La sugestión no es sólo el acto de introducir una idea en el pensamiento, sino implantar una creencia en el alma o, lo que tanto vale, una vivencia o varias que florecen en la conciencia, pero hincan sus raíces en el **inconsciente**. Muchas prácticas, fenómenos, modos de actuar y de pensar tienen una estructura específica que las define y diferencia, comparten el hecho de encarnar los más diversos dispositivos para producir una sugestión individual o colectiva. Tomando en cuenta la división que antes propuse, podemos agrupar la **variedad** de sugestionaciones en **psíquicas, psico-somáticas y somato-psíquicas**. Caen en el primer rubro: la ideología, la fe religiosa, la superstición, la mentira, las alucinaciones auditivas y visuales, la creencia en la magia, el **déja vu**, la “fe” en lo verdadero, la percepción extrasensorial y la kinestesia, muchos planteamientos y consejos de la tradición y el “sentido común”, etc. Pertenecen al segundo: la hipocondría, el placebo, el “deseo de vivir” en enfermos de gravedad, algunos aspectos de la medicina alopática y muchos de la medicina alternativa, la hipnosis, etc. El **tercer** agrupamiento comprende: los antros –en el sentido actual del término-, el trabajo forzado rutinario, el vudú, etc. Esta lista es, desde luego, incompleta. Aquí, en este punto, conviene meditar en los análisis realizados a lo largo de este escrito, tomar en cuenta los factores constitutivos de la sugestión, sin olvidar el papel que juegan en la realización de este fenómeno lo psicológico, lo sociológico y

la histórico, y, con este concepto enriquecido de sugestión, saber reconocer otros hechos que, aunque no hayan sido mencionados en este ensayo, encarnan también el mecanismo de la sugestión.

Creo que el breve examen de **algunos** ejemplos de sugestión, como el que llevo a cabo a renglón seguido, puede servir de ayuda para el que, convencido de su importancia, desee blandir la crítica de la sugestión como un arma eficaz contra la enajenación ideológica, los velos que impiden acceder a lo real, la miopía que nos tiene encadenados.

¿Qué es, por ejemplo, el **déja vu**? ¿A qué responde esa impresión tan generalizada de que a veces se vive –o revive- lo ya vivido? Hay quien jura, cree, está seguro –se halla sugestionado, diría yo-, no únicamente de que la experiencia tenida en este sentido es de una veracidad irrefutable, sino que es muestra, señal, indicio, de la reencarnación. Se dice que Pitágoras, influido por el **orfismo**, tendía a creer en la **metempsicosis**; pero que, en realidad, la experiencia del **déja vu** lo acabó de convencer de la veracidad de la creencia oriental en la transmigración de las almas. En la época pre-freudiana –cuando los psicólogos identificaban la conciencia con el alma humana- no existían herramientas adecuadas para mostrar críticamente el mecanismo operativo de los “ya vivido” y sus nexos con la sugestión. Ahora podemos decir que el **déja vu** nos habla de la fantasía recordada de un sueño (diurno o nocturno) olvidado durante algún tiempo –por la interferencia de una represión- y actualizado abruptamente por el **parecido** que presenta con él la experiencia actual. El **déja vu** es un ejemplo de paramnesia, de una memoria entorpecida, en un tiempo, por las defensas del inconsciente y avivada, en otro, por la realidad. La dificultad para que el individuo caiga en cuenta del mecanismo interno de su **déja vu** estriba en que la fantasía reactualizada es inconsciente y que, aunque brota ahora impulsada por un suceso con el que en apariencia se identifica, la misma causa que la arrojó al inconsciente –la represión- le impide tornar a la conciencia, y en vez de ello se desvía hacia la autosugestión del **déja vu**.

La magia pretende ser un arte o ciencia esotérica con la que se busca gestar, mediante actos o expresiones misteriosas, o con el auxilio de entidades ignotas, resultados opuestos a lo natural. Cuando se hace un muñeco de cera –para poner uno de los más socorridos ejemplos- y se le clava un alfiler, se pretende producir un mal a una persona. El individuo que, víctima de la superstición, lleva a cabo este acto de magia, le dice a su fetiche de cera:

“como en el muñeco que eres se halla el **otro**, cuando te daño a ti, lo daño a él”. Aquí aparece, para decirlo así, el deseo de una simbología no sólo alusiva sino perturbadora, una metáfora que se disuelve en identidad, un significante que se realiza. Los dibujos de las cavernas de Altamira o las danzas venatorias primitivas presentan un mecanismo similar: intentan atraer a los animales que dibujan en la pared o que representan en su baile, para tener una buena cacería. **La esencia de la magia es, pues, creer en la existencia de una causación no natural.** Los actos de magia son a los legos, lo que los milagros a los santos. Los creyentes en la magia son víctimas de la sugestión. ¿Cuál es la manera en que ésta opera aquí? El **polo inductor** esencial de la sugestión mágica es el **deseo**. A veces las circunstancias, la realidad, las leyes naturales están lejos de satisfacerlos, y como no nos es dable transformarlas de golpe, entonces el imperioso anhelo de obtener algo, “nos convence” de que las **causaciones falsas** de la magia son verídicas. La sugestión surge desde el momento en que se forma el muñeco de cera y se le hinca un alfiler, porque se cree que la magia es el camino más corto y protegido por el anonimato para infligir el mal que se desea. Pero, como en otros casos, el que lleva a cabo su acto de magia quiere asegurarse del resultado de su acción y trata de averiguar cómo le ha ido a la persona a la que pretende perjudicar. A veces “acierta”, algún mal se presenta en esta última, y como él, por principio, no puede aceptar la explicación natural de la coincidencia, se siente complacido —embrujaado diría yo— del buen éxito de su faena. Pero a veces, las más, no acierta, y ningún mal hace acto de presencia en la persona “amenazada”, entonces el mago o la maga hablan de que la magia funciona a veces y a veces no...

Alguien podría decir que los actos asombrosos de los prestidigitadores, adivinos, magos, etc. no son sino trucos, juegos de manos, criaturas de la ilusión. En muchos casos, en efecto, el truco es precisamente el causante de la sugestión. Para las personas que sólo dan crédito o evidencia a lo que les dicen los sentidos, el ilusionismo crea perplejidades y les hace tener por cierto lo que no es sino una apariencia. Pero no cabe la menor duda de que existen fenómenos en los que está ausente todo truco y la sugestión es el secreto de su modo de operar: tal el caso del **placebo**. Si a algunas personas se les hace creer que se les está suministrando un fármaco **ad hoc** para su padecimiento y en lugar de ello se les proporcionan por ejemplo ampollitas con agua azucarada, en muchos casos, según lo ha atestiguado la estadística científica, se presenta en los enfermos un alivio, que puede ser mayor o menor según el caso. ¿A qué atribuir tal cosa? El secreto de este tipo de sugestión estriba en la **creencia** (aunada al deseo) en las virtudes de la medicina que han ingerido o

se les ha inyectado. El placebo es una sugestión de carácter psico-somático porque un “engaño”, unido a una **creencia** tiene repercusiones corporales.

Resulta indudable, pues, que cuando el cerebro confía en que el medicamento que se le está suministrando al cuerpo es el pertinente, sin sospechar que es una sustancia inocua, tiene la capacidad inconsciente de crear “defensas” o **convertir** la impulsividad de una creencia en una suerte de “anticuerpos” bioquímicos. Quizás sea imposible por ahora explicar con detalle el complejo entramado existente entre lo psíquico y lo somático que trae consigo el placebo; pero la experiencia demuestra con creces que la sugestión es el secreto, psico-somático, de su funcionamiento.

Estoy convencido, para hablar de otro fenómeno, que, dentro de ciertos límites, resulta indudable el fundamento empírico de la **homeopatía**: a diferencia de la alopatía –que introduce en el cuerpo las sustancias indicadas para hacer desaparecer lo más pronto posible el padecimiento- aquella incorpora al organismo pequeñas dosis que lo hacen trabajar más dinámicamente y evitan efectos secundarios. Esto resulta incuestionable en algunos casos; pero... Pero, , más que nada en los “creyentes” de la homeopatía, esta última opera, en multitud de casos, precisamente como **placebo**. ¿Que la homeopatía cura? Claro que lo hace en muchos casos, pero no sólo o no tanto por las virtudes **curativas** que pueda contener, sino por la sugestión –en este caso de signo positivo- que despierta en sus creyentes.

En esos sitios de reunión y esparcimiento, a los que ahora se llama **antros**, se congregan cinco elementos: los jóvenes asistentes, la luz, el sonido, frecuentemente la droga y sin falta...la sugestión. La luz, entrecortada y brillante, subyuga los ojos. La música, en que disputan el estruendo y la monotonía, cautiva los oídos. El baile, febril y casi sin reposo, hipnotiza la mente. El diálogo se pierde o tiene que ser a gritos, el, por así llamarlo, estupefaciente musical llena la cabeza y excluye, ya no dignamos el espíritu crítico, sino el menor asomo de ideas profundas y pensamientos claros. En estas condiciones, las contorsiones físicas generan una mente en blanco entretenida en la drogadicción del ritmo. Si a lo anterior se añaden las drogas –sobre todo las pesadas- se consolida la sugestión y todos se hallan danzando en el imaginario de su paraíso artificial.

Hay una cierta semejanza entre el hipnótico baile de los antros y el ritual del **vudú** y de los santeros en general: en ambos casos, el febril y extremado movimiento de los cuerpos posibilita, en una conversión somato-psíquica, que

haya alteraciones en el funcionamiento común de la mente. Se generan, en efecto, **estados alterados de conciencia** sobre la base de lo que podrían llamarse **estados alterados de cuerpo**. Hay también diferencias: en los antros la mente de “vacía”, y se expulsan, en la medida en que esto puede ocurrir, las ideas y el raciocinio, mientras que en el vudú, etc., la mente se “llena” de alucinaciones y delirios...

No he agotado, ni con mucho, el tema de la sugestión y la autosugestión. Me sospecho que multitud de elementos –internet y nintendo, fut bol, los toros, TV, radio, cine , periódicos, revistas, iglesias, propaganda electoral, etc.- tienen algo que ver con la sugestión o traen consigo mensajes o aspectos que operan como polos inductores de la irracionalidad inducida que la caracteriza. Habría que analizar asimismo con mayor detenimiento las, que podríamos llamar, “sugestiones positivas”: la confianza en la ciencia, el placebo, el “echarle ganas” para salir de una enfermedad, etc. La **creencia** en la verdad favorece el conocimiento de la verdad, aunque no deja de generarse en y por un mecanismo basado en la sugestión. Una crítica de la sugestión, en estos casos, no estaría destinada a descalificar el aspecto afectivo e irracional con que la asume el individuo, sino, por un lado, a mostrar cuál es su **modus operandi** y, por otro, propiciar el ascenso, en la medida de lo posible, de la creencia (en lo verdadero) al conocimiento de lo verdadero.

El tema de la sugestión, añadiré por último, se relaciona con el de la **autogestión**. Individuos independientes (o deseosos de adquirir la independencia) crean comunidades autogestivas y éstas crean a su vez individuos independientes. El individuo que padece el infantilismo de la dependencia es proclive a la sugestión y no quiere ni puede tener nada que ver con la autogestión. Pero aquí, en este punto, empezamos a visualizar un tema que no es el que he querido exponer en este ensayo.

Enrique González Rojo

